

POR AMOR A BELINDA NORTON

Y OTROS RELATOS.

Francisco Javier Parera Gutiérrez.

## POR AMOR A BELINDA NORTON

And all I lov'd, I lov'd alone.

Poe.

Y todo lo que quise, lo quise solo.

Poe.

-Y por cierto... ¿Dónde está Belinda?

El que hablaba de ese modo era un hombre alto, que destacaba por su cabello negro, sus ojos de color castaño y sus músculos semejantes a cuerdas de acero. Estaba sentado en una mesa frente a un individuo obeso. Tomaban unos Whiskys y el lugar de la conversación era un lujoso local de baile, el Caribe Show, donde hermosas y lascivas mujeres de voluptuosas caderas se deslizaban por las pasarelas como dulces tigresas. El resto eran focos intermitentes en la penumbra, música y simpáticas camareras.

-Tu amiga ya no vive aquí -contestó el hombre grueso-. Una noche vino un productor de películas eróticas y se fijó en ella. Ahora trabaja para esa casa. Te marchaste hace cinco años. ¿Qué ha sucedido? Yo, como dueño del establecimiento, te di el puesto de vigilante y guardaespaldas para las chicas, pues confiaba en tu fuerza y podías repartir el trabajo con tu actividad de boxeador, Gallito Gutiérrez.

-Cinco años... -Y después de pronunciar aquellas palabras el atormentado púgil tomó otro trago-. Normal, nadie espera tanto tiempo.

Con la llegada de la madrugada se cerró el local. Las bailarinas, el amo y los vigilantes se acercaron alrededor de la mesa del luchador y éste explicó la larga historia, la causa de su extraña ausencia, porque en los ojos de los presentes y antiguos compañeros la curiosidad era evidente.

-Llegué a Méjico -empezó Gallito- y en Veracruz se inició la competición de boxeo. Ya sabéis que lo hice para ganar más dinero y dar más seguridad a mi pequeña Belinda. Mis antagonistas iban

cayendo bajo mis puños en el ring y fui proclamado como campeón. Y cuando me proponía dejar el país, me secuestró una siniestra banda. Entonces con los ojos vendados fui llevado al mítico valle de Oaxalanca, donde se refugiaron los aztecas supervivientes al exterminio del conquistador Cortés. Y con horror acudí a los multitudinarios sacrificios en la ciudad de Titlan, largas hileras de prisioneros subían pirámides escalonadas entre altivos muros y majestuosos palacios de piedra. Afortunadamente conseguí escapar.

“Era el comienzo de un angustioso viaje. En las sombrías junglas de África me paseé y vi una gigantesca ciudad de mármol y oro, con palacios resplandecientes, donde se aisló un pueblo de raza negra. Y su orgulloso monarca me admitió como un soldado más en su ejército, pero abandoné esa antigua civilización.

“Llegué a la India, y me convertí en el capitán de una banda de ladrones en los desfiladeros, hasta que las autoridades nos tendieron una emboscada. Al huir, me adentré en una cordillera y allí contemplé con asombro una ciudad amurallada. Eran sus habitantes descendientes de Roma y su viejo rey me contó su origen, abandonaron el imperio, pues venían tiempos difíciles con la subida al poder de Tiberio. Así se asentó la pequeña colonia. Y con una pesada espada defendí al monarca una noche, mientras un grupo de conspiradores querían asesinarlo. Sus cadáveres cayeron sobre el suelo de piedra.

“Por amor a Belinda Norton dejé aquella cultura y volví al siglo XXI para ver que no podía cumplirse mi sueño.

Y después de esa historia, el púgil salió del local silenciosamente, entre las perplejas miradas de los presentes. Cuando cerró la puerta, se movieron unos largos cortinajes. Apareció una esbelta Belinda entre las distanciadas compañeras que intentaba mostrar un corazón endurecido aunque en sus ojos vidriosos no se podía disimular el dolor.

## LOS TAMBORES DE DAMBALLAH

-Me vi obligado a realizar ese viaje lleno de peripecias que en realidad respondía de un modo suicida a mis ansias de aventuras.

Con esas enigmáticas palabras se explicaba el boxeador Gallito Gutiérrez en la mesa de un club nocturno ante su inseparable vaso de whisky y su amiga Raquel, una joven y hermosa actriz de películas eróticas que, después de dejar las cámaras, se dedicaba a bailar en esos locales.

-El equipo de Monsieur Rical se trasladó a las costas de Florida para rodar su nuevo largometraje –continuó el luchador-. Y me llamaron, pues necesitaban a hombres para cargar cajas, y a la vez defender a las muchachas por si había algún problema. Atravesamos una región selvática llamada The Everglades y allí, entre densa vegetación, retorcidos árboles, lianas y oscuros pantanos se rodaron unas escenas. Entonces apareció una esbelta mulata de cabello largo, ensortijado, cubierta de harapos, que nos amenazó. Si seguíamos filmando en esa zona, sufriríamos una maldición. Rical se rió de ello y prosiguió el rodaje alegando que habían perdido muchos días y, por tanto, dinero, mientras yo era partidario de abandonar el paraje, pero se oyeron las carcajadas del resto del equipo.

“Una noche sentí un insoportable calor y un misterioso desasosiego me obligó a abandonar el campamento donde descansábamos, para internarme en el frondoso bosque. Allí me aguardó la citada mulata. Con el acompañamiento de unos tambores me dijo que yo estaba libre de la maldición, porque me había mostrado reacio a permanecer en su territorio sagrado, sin embargo debía vivir una serie de experiencias en un viaje. Tam, tam, tam... así sonaban los rítmicos tambores de su dios, Damballah. Y ese siniestro sonido me perseguiría de momento.

“Al regresar a Miami empezaron los problemas. Algunas actores y actrices cayeron enfermos, los médicos no supieron qué diagnosticar y parte del equipo de rodaje sufrió un accidente. Tardaron meses en recuperarse. Asustado ante la avalancha de calamidades, abandoné Miami en un trasatlántico. Después de unos días de relativa tranquilidad, una tarde, las nubes se oscurecieron en breves minutos y gigantescas olas arrastraron aquella mole flotante ante unos horribles arrecifes que aparecieron en proa como los dientes de un enorme felino. El choque era inevitable y logré escapar con unos pasajeros en un bote salvavidas. En las

siguientes horas se sucedieron escenas de sed y hambre... Hubo frecuentes disputas... Y me parecía oír el sonido de ciertos tambores... Tam, tam, tam...

“Divisamos una pequeña isla. Y en la cálida playa nos acogieron una salvaje tribu de mujeres, cubiertas con corazas y cascos. Parecían las Amazonas de la mitología griega. Y saludé con asombro a su reina Aloisa en su palacio de mármol y granito. Los supervivientes decidieron quedarse allí, pero yo huí en una destartalada balsa. Y una nueva tempestad me llevó hasta unas recortadas costas, donde se alzaba una ciudad de resplandecientes cúpulas. Allí sus habitantes de indumentarias orientales me recibieron amablemente y me hablaron entre lamentos y desesperados cánticos de su largo asedio contra otra ciudad rival. A pesar de mi calmada estancia en esa antigua civilización sonaban esos tambores en mi cansado cerebro y, prisionero de esa habitual angustia, abandoné el país.

-Llegué otra vez a mi época –concluía Gallito ante su amiga-. Volví para enfrentarme a la realidad. Entonces apareció en sueños la sombría mulata y me dijo que ya estaba libre por superar esas pruebas. Espero que nadie ose entrar en esa jungla, donde el miedo adquiere formas tan espantosas como los tambores de Damballah.

## MÁS ALLÁ DE LA JUNGLA NEGRA

“Desde la caída de la Torres Gemelas hasta el exterminio de los osamitas se extendió una cruenta época en la que se sucedieron continuas guerras entre europeos y árabes en Occidente. Hubo bombardeos y masacres entre ambos bandos y las ciudades se convirtieron en escombros.”

Crónica del mercader Simonius.

Bárbara iba añadiendo unas ramas secas a una pequeña hoguera. Las llamas iban aumentando gradualmente de tamaño en la noche cuando irrumpió entre las ruinas de aquel complejo petroquímico en ruinas y unos abandonados almacenes un altivo guerrero con un venado cazado. No pronunciaron ninguna palabra y se propusieron probar la carne asada.

-¡Jaruk! –exclamó la mujer-. ¡Comes con verdadera voracidad!

-Si hubieses sido prisionero de los sauditas no te preocuparías de los modos de comportarse. Mañana nos dirigiremos a esa ciudad, invadida por la vegetación. Tengo curiosidad en saber cuál es, pues aparece en los mapas como la Jungla Negra. Y después nos uniremos a los guerrilleros de Railton que nos esperan a cincuenta kilómetros de aquí. No sé cuándo acabará este enfrentamiento.

Después la muchacha se durmió al lado de la hoguera y, como siempre, Jaruk la dejó descansar tranquilamente sin despertarla para su turno de vigilancia. Al amanecer recogieron sus respectivos rifles, pistolas y espadas y reanudaron su viaje. Al abandonar la factoría, se adentraron en una estación. El camino entre los retorcidos raíles y los oxidados vagones se convertía en una dificultosa tarea. Subieron por unas desgastadas escaleras de piedra y avanzaron entre unos derruidos edificios que compartían su antiguo esplendor con gigantescos árboles y helechos que habían crecido en los agrietados pavimentos.

Con cierta prisa se apartaron de un gigantesco mirador que daba a unas playas y al mar, pues no tenían demasiado tiempo

para contemplar la magnífica visión. Y caminaron por una ancha avenida. De repente sus agudos sentidos percibieron el ruido de unas pisadas. Alguien seguía sus pasos a través de los elevados matorrales. Jaruk y Bárbara acariciaron las empuñaduras de sus sables. En aquel instante aparecieron cinco soldados de tez morena y cubiertos por blancos turbantes. Y las afiladas hojas de la salvaje pareja se transformaron en torbellinos rojos mientras se escuchaba en los enemigos el desagradable impacto de huesos y músculos desgarrados. Cuando el último árabe cayó sonaron unos disparos. Bárbara y Jaruk se escondieron detrás de un grueso tronco y respondieron con sus rifles.

Después, el silencio...

-No sabía que los osamitas estuviesen tan adelantados –dijo el guerrero mientras miraba los cadáveres–. Debemos avisar al campamento de Railton. Seguramente les darán una buena bienvenida.

Bárbara se quedó aterrorizada por la violencia de su compañero para solucionar la rivalidad de los pueblos y quiso marchar pronto de allí, pero la curiosidad de Jaruk dominaba la situación. En aquel instante quedó saciado su interés, porque al apartar unas altas ramas, vieron la estatua que el tiempo no había deteriorado. También sus personajes soportaban estoicamente una guerra. Y en el pedestal blanco ponía:

Tarragona. Als herois de 1811.

Francisco Javier Parera Gutiérrez